

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

LA PALABRA CONTAMINADA

Yo no conocía la guerra. Una pasión extraña me impelía a devorar películas, documentos y relatos de los años dramáticos 40-45, pero sólo ahora esa suerte que me echaban en cara ("¡una vida sin guerras!") se ha terminado. Los bombardeos sobre Irak, cubiertos por las más vergonzosas mentiras, no concernían sólo a los pacifistas sino la conciencia de todos los hombres.

Aquí en Italia otras bombas terribles —no siempre la destrucción moral es menos grave que la material— arrasaron con nuestra moralidad. De pronto salió a luz, en toda su devastadora indiferencia, la agresividad oculta que afloraba de continuo, es cierto, en los comportamientos y los juicios cotidianos, pero que nunca se había desbordado con tanta dureza y ostentación. Salió a luz toda la arrogancia que han suscitado y alimentado estas décadas de consumismo. Hemos asistido al macabro triunfo de la comunicación clara y útil; la palabra llena y agresiva —palabra proyectil— que acompañó el bienestar económico como medio eficaz y ventajoso de afirmación social, no puede sino conducir a la guerra. Es esa palabra la que conserva la fétida ilusión del poder individual. Hoy, a principios de los noventa, este tipo de comunicación que ha ido creciendo ante la inercia de todo el mundo como antídoto contra las molestias de la vida y moneda fácil que gastar en el lugar de los negocios, palabra como producto comercial, palabra como ansiolítico, ha alcanzado toda su insolencia: incluso ha llegado a negarse a través de la censura militar y "civil", en pro de la glorificación extrema de la utilidad. Nunca había sido tan descarado el uso de la palabra. Nunca nuestra vida había corrido un riesgo tan grave, pues aquí están en juego los valores fundamentales de la humanidad.

Éste —y no puede ser más que éste— es el panorama en el que se ha movido la poesía italiana de los ochenta. Los riesgos son inmensos: antes que nada el de que la palabra poética se vea aplastada,

o mejor dicho contaminada por el expansionismo brutal de la palabra útil, es decir que el poeta asimile sin darse cuenta, o por conveniencia, la linfa de su adversario, o sea ese tipo de energía y de cálculo que estructuran el uso comercial de la palabra. Este daño ya está a la vista: vemos a escritores que gastan su poesía como una tarjeta de crédito, o que usan el título de "poeta" como un privilegio social. Es verdad que esto siempre ha existido, pero ahora se combina con una violencia de la palabra corriente que intenta, como nunca había ocurrido antes, devorarlo todo.

Hoy, por lo tanto, la dimensión social del poeta no puede consistir más en crear grupos o tendencias, movimientos literarios o delimitaciones estéticas, ni de desahogarse en pequeñas polémicas entre literatos. El estado de emergencia impone un claro antagonismo contra la ferocidad del Invasor. Y además esta necesidad no propicia una gran pérdida. Digámoslo sin ambages: casi siempre los grupos literarios han desempeñado una función de mutuo apoyo y autopromoción más que caracterizarse por la nobleza de los intereses de sus búsquedas.

Hace unos días un periodista anciano de un buen periódico de provincia me entrevistó con una pregunta que a menudo recurre en los encuentros públicos: "Hábleme de su poesía". Una vez más experimenté miedo e impotencia, no sabía qué decir. Hablar de la propia poesía: ¡qué petición atroz! Ahora, pensándolo con más calma, me doy cuenta de que en efecto podía aventurar alguna respuesta, pero ¿cómo contestar por teléfono a una pregunta semejante? Podría haber usado la metáfora del cuerpo y decir que el lenguaje de mi poesía ha ido cambiando en el curso de los años como mi cuerpo. Es como comparar —prueba simplísima— cuatro o cinco fotografías pertenecientes a distintas épocas de la vida: se advierte una continuidad, la misma estructura física, pero ¡qué impresionantes cambios en el rostro, en las posturas, en las manos, en la ropa! En muchos casos, la seguridad de que se trate de la misma persona se

tambalea: ¿no son más bien unos hermanos que se parecen mucho? Podría haberle hablado de una dimensión narrativa que me cautiva y que, fragmentada u onírica, "informal" o "realista", ha tenido siempre influencia en mi trabajo. ¿No es acaso la narración la experiencia más próxima a la oscuridad de la noche y a las palabras de la separación, del desprendimiento?

El poeta es aquel capaz de separarse de sus más amadas palabras. La poesía es la experiencia dolorosa y festiva de la autonomía del lenguaje. "Ve, amada", es la difícilísima invitación que el poeta dirige cada vez a sus palabras: él sabe que si cediera a la tentación de retenerlas, todo se acabaría. Y la amada —cada una de las palabras— lleva consigo todo el amor que no fue recluido y que permanece libre para los lectores que deseen mantener esta libertad.

La narración, ciertamente, tal como la recuerdo y la busco en mi poesía, es la imitación más alta de la vida: conserva su movimiento y su fin. Equivale cada vez, justamente, a ese saludo doloroso que consiste en deseárselo toda clase de bien a la amada que parte. Es el mejor viático para el sueño: y para la angustia de la separación. Es la interpretación más noble y más trágica: se trata de hacerse a un lado para que hable la vida. Frente a la invasión mortal de la Palabra Dominante, lo que nos salvará será este humilde oficio cotidiano de urdimbre y entrega.

Hubiera querido decirle algo de todo esto al periodista, ¿pero es posible hacerlo en el lugar y el tiempo de una llamada por teléfono? Preferí no contestar. Pero cuidado: el silencio de ahora en adelante se tornará fácilmente objeto de irrisión.

CESARE VIVIANI

Traducción de Fabio Morábito

© Leggere

